

**E-INNOVA GEOGRÁFICA:
EL COLOSO DEL MONTE SAINT-MICHEL**

Tomás Andrés Tripero

De no haber sido por José Javier Martínez Palacín (al que a partir de ahora llamaremos “J”, como siempre nos hemos referido a él) jamás habría ido yo a visitar la Abadía del Monte de Saint-Michel. Y fuimos porque es su lugar en el mundo y su destino más deseado poder vivir cerca de ese enclave del que yo desconocía su magia. La fascinación de un lugar cuya posesión se disputan Bretaña y La Normandía en una controversia que no tiene fin y que cada verano se lleva a las calles de la tranquila ciudad de Pontorson. Estoy seguro de que esas grandes regiones de Francia, ahora apacibles, será el refugio de quienes como “J” no quieren dejar de escribir y fotografiar ese gran vórtice, esa posible puerta a otras dimensiones, que se nos manifiesta entre el sueño y la realidad, la historia y la leyenda.



Creo que esa localización increíble, la del Monte de la Abadía de Saint-Michel, será siempre un lugar sagrado para los seres humanos, un lugar de culto más allá de religiones o de creencias, porque el culto que allí se rinde es el del misterio de su significado. “J” es un gran poeta, un escritor extraordinario, un fotógrafo increíble del testimonio de los grandes momentos vividos. Y el Monte fue, es y será el refugio de todos los poetas porque atrae los sueños de los que se alimenta el espíritu de las mujeres y de los hombres.

Es bueno experimentar plena y sencillamente la felicidad y aún mejor saber que eres feliz, comprender que lo eres y saber por qué y de qué manera.

Emprender el viaje, la peregrinación hacia el lugar que “J” había señalado con la pasión de sus palabras y de sus imágenes - maravillosamente acompañado - me hizo saber el cómo y el porqué de esa felicidad. Y habría momentos aún mejores por llegar en el transcurso del viaje, momentos irrepetibles que, si alguien hubiera tan sólo intentado describírmelos, no podría haber llegado a creerlos.

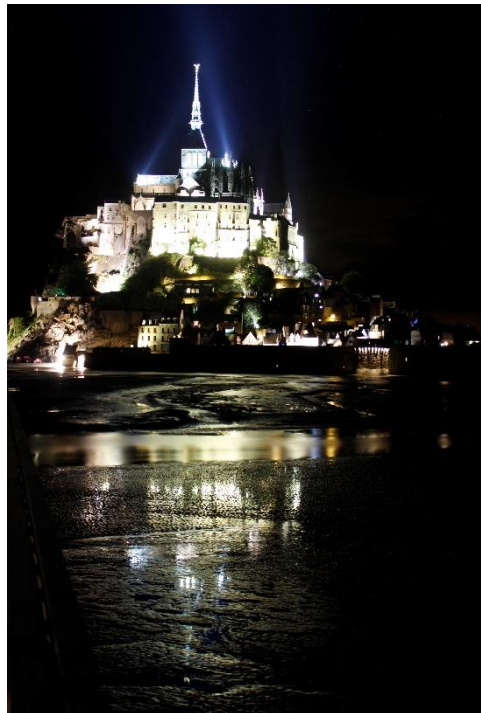
Cuando “J” me habló por vez primera del Monte no sabía entonces que un día yo mismo me encontraría en el estrecho paso nocturno que la marea comenzaba a dejar, aún embarrado, para permitirnos el paso a los visitantes. Ni que contemplaría, desde las diferentes orillas que circundan ese

grandioso lugar, la gran marea avanzando inexorable en el corazón de agosto, ni el lugar transformado en una isla resguardada por el mar intrépido o accesible a través de un inmenso manto de arena de playa.

Sí creo que “J” tiene razón al desear vivir cerca de un espacio geográfico que misteriosamente ofrece una extraña sensación de felicidad en un mundo en el que ya queda, cada vez, menos espacio para ella. Y es que allí, ¡sabedlo!, ocurren cosas maravillosamente buenas de las que tienes la sensación de que no podrían suceder en ningún otro punto del planeta.

Anhelar es conseguir llegar a ser lo que esencialmente somos...el sueño de una humanidad más humana, justa, progresista y solidaria...y sí, no hay otra opción mejor que la de hacer realidad nuestros anhelos. Y yo me niego categóricamente a ser algo menos que el ciudadano del mundo que me declaré en silencio ser cuando, aquella primera noche, me encontraba en la contemplación del Monte de Saint-Michell.

En el Monte sentí con intensidad que todos los pueblos de la Tierra nos encontramos vital e irremediamente conectados....pero también parece que no hemos aprovechado ese conocimiento de forma inteligente alguna, excepto para quienes se aprovechan comercialmente de los conflictos que los separatismos y las divisiones ayudan a crear. Pero no hay más patria que la humanidad, ni país que la tierra. Y hasta que la ultimísima persona no se encuentre incluida en esa patria, no habrá una sociedad verdaderamente humana. Mi inteligencias me advierte que esa condición de la vida tardará mucho en llegar y que aún nos queda mucho que



aprender, pero también me dice que nada, salvo eso, podrá llegar a satisfacer plenamente a la humanidad. Hasta que no llegemos a ser plenamente humanos, hasta que no aprendamos a comportarnos como ciudadanos de la tierra, seguiremos creando ficciones que nos destruirán.

“J” lo sabe bien, acercarte al Monte de la Abadía de Saint-Michel es como aproximarte a la frontera de lo desconocido, tras la cual existe un mundo más luminoso al que debemos escapar... y las peores historias han quedado eliminadas con él. Por eso la sensación que nos mostró al acercarnos al Monte era la de estar resplandecientes, entusiasmadas y entusiasmados con

la promesa, como así fue, de nuevos descubrimientos personales. Sólo después de esa proximidad geográfica entiendo la pasión de “J” por acercarse cada vez más, sentirlo cada vez más cerca. Ahí te das cuenta de que el mundo que hemos conocido carece ya de sentido...ha quedado eliminado, cerca del Monte nos experimentamos una realidad que todavía no existe, una realidad a la que todavía no pertenecemos, pero que nos espera,

Y sí ahí, en el Monte de Saint-Michel, volví a declararme ciudadano del mundo y cuando alguien me pregunta que en qué país, en qué zona que se quiera independizar de otra, en qué región vivo, en dónde se encuentra mi casa...yo respondo: “¿Mi casa? ¿Mi hogar? ¡Pues hombre el mundo entero! Cerca de la Abadía en Bretaña o en Normandía, caminando por las calles de Nueva York, por el viejo y querido Boadway, o en Ámsterdam, o en cualquier otro lugar me siento en casa.

The road is before Us!!